

**SOBRE LA ECONOMÍA Y LOS ECONOMISTAS \***

Alonso AGUILAR M.

Agradezco sinceramente la gentil invitación para participar en este acto de entrega de diplomas a los miembros de la generación 1971-75, que egresan de la Escuela Superior de Economía del Instituto Politécnico Nacional. Los felicito calurosamente por haber concluido esta fase tan importante de sus estudios profesionales, y, para su tranquilidad, les participo que no haré de mi intervención un largo y retórico discurso, un tedioso sermón laico ni una colección de consejos, de aquellos que los adultos gustan dar a los jóvenes en ocasiones como ésta. Concurro aquí como un compañero de trabajo de ustedes, como un compañero un poco más viejo pero que comparte sus inquietudes y aspiraciones; que practica el mismo oficio y que se preocupa, como seguramente muchos de ustedes también, por hacer el mejor uso posible de la ciencia, en particular de la ciencia económica, para entender y contribuir a transformar la sociedad en que vivimos, pues ésta no sólo debe ser responsabilidad de los filósofos —como Marx apuntaba en una de sus tesis sobre Feuerbach—, sino de todos los trabajadores científicos.

Terminan ustedes la licenciatura en un momento de innegable significación histórica, de profunda crisis del capitalismo, que en mayor medida que en ocasiones previas desde los años treinta confirma el carácter cíclico del proceso de producción y el agravamiento de la

---

\* Intervención en el Acto de entrega de Diplomas a los miembros de la Generación Independiente, Unificada y Democrática 1971-1975 de la Escuela Superior de Economía del Instituto Politécnico Nacional, celebrado en el Auditorio "A" del Centro Cultural de la Unidad Profesional de Zacatenco, el día 13 de diciembre de 1975.

crisis general del sistema, iniciada por la revolución de octubre en 1917. La ilusión de que el capitalismo había encontrado al fin la manera de librarse de las crisis se desvanece. Los «milagros» alemán y japonés van quedando atrás y siendo superados por crecientes desajustes y tropiezos. Ni el sistemático y enorme desperdicio de los últimos decenios ni la destrucción sin precedente causada por la segunda guerra mundial, ni los gastos masivos en bienes y servicios de los que en gran parte podría prescindirse en una sociedad medianamente racional, ni el parasitismo de los ricos, ni el alto costo de los largos años de guerra fría y de financiamiento del anticomunismo, ni la militarización de la economía, ni los programas espaciales; ni siquiera la guerra genocida de Vietnam y sus ciento cincuenta mil millones de dólares tirados por la borda por los Estados Unidos, bastan para que el ya decadente capitalismo funcione en condiciones satisfactorias y logre corregir sus profundos desequilibrios y resolver sus más graves contradicciones. Incluso éstas se han agudizado como nunca antes, y mientras la producción se socializa, desborda fronteras y vuelve un proceso en el que participan millones de hombres y mujeres del más diverso origen nacional en todos los confines del mundo, la propiedad de los medios de producción se concentra y centraliza más y más, y unos cuantos centenares de gigantescas empresas, a menudo estrechamente ligadas entre sí y que operan en todo el sistema, monopolizan hoy el grueso de la riqueza, mantienen estrechas e indisolubles relaciones con los Estados capitalistas y condicionan decisivamente el monto y las formas de utilización del excedente, y por tanto, el proceso de acumulación de capital.

La crisis no es, desde luego, universal ni afecta, propiamente, a la humanidad. Los países socialistas, si bien se enfrentan a menudo a graves problemas derivados en gran parte de su propio desarrollo y sobre todo de las acechanzas del imperialismo, no sufren una crisis. En ellos no hay desempleo crónico, inflación, concentración de la riqueza y el ingreso en poder de una insignificante minoría, enriquecimiento escandaloso de los funcionarios gubernamentales, superproducción, latifundios, desequilibrios en la cuenta pública y la balanza de pagos y endeudamiento en espiral. No padecen tales problemas esencialmente porque la desaparición de la propiedad privada y la socialización de los medios de producción han hecho posible, por primera vez en la historia, escapar a la anarquía de las leyes del mercado y del móvil de lucro, y empezar a planificar el uso de los recursos disponibles, primero a nivel nacional y más tarde en todo el sistema socialista. Aun los países que sólo cuentan con recursos relativamente escasos y bajos niveles de desarrollo tecnológico, avanzan

de prisa y racionalizan cada vez más el empleo de esos recursos y al menos han acabado con el hambre, la inseguridad, el analfabetismo y la explotación del hombre por el hombre y están logrando satisfacer las necesidades fundamentales de la población y sentar las bases de una vida digna, como condición indispensable de la verdadera libertad.

Nuestro país no escapa, como se sabe, a la crisis. Desde 1972 la economía mexicana sufre los efectos de una severa inflación. En ese corto lapso los precios han subido —según estimaciones oficiales— cerca de 75%, aunque no sería remoto que en la práctica se hayan duplicado. La tasa bruta de acumulación de capital, que según las autoridades debía haber aumentado sustancialmente, hasta un 24-25%, pese a las cuantiosas inversiones públicas y al fuerte déficit gubernamental, apenas alcanza alrededor de 17% o menos. El desempleo y el subempleo, con el consiguiente impacto en el poder adquisitivo de las masas son cada vez mayores. A consecuencia de todo ello el ritmo de crecimiento del ingreso y en particular de la producción industrial ha descendido sustancialmente, cayendo también el de las exportaciones y el de las divisas que deja el turismo extranjero. Aun en sectores de la actividad agrícola en que se creía haber logrado una definitiva autosuficiencia han vuelto a hacerse cuantiosas importaciones, lo que junto a otros factores provoca un enorme déficit comercial —de alrededor de 40 000 millones de pesos— que desde hace muchos años no alcanzan a compensar otras fuentes de divisas. Y ante la imposibilidad de que en las condiciones prevaletentes se utilice mejor el potencial de crecimiento, la deuda exterior sigue elevándose —algunos la hacen llegar globalmente a más de 15 mil millones de dólares—, lo que sin duda agudiza la dependencia económica y política y restringe grandemente y aun anula la posibilidad de poner en marcha una política diferente, que al menos contribuya a que el capital monopolista extranjero no descargue el mayor peso de la crisis sobre países como el nuestro.

Si a lo anterior se agrega el descontento generalizado en la clase obrera y aun en la pequeña burguesía y ciertas capas intermedias, el repudio cada vez mayor al «charrismo» y al régimen de control oficial de los sindicatos y otras organizaciones de masas, la inquietud de los campesinos que siguen careciendo de tierras y de posibilidades de trabajo en el campo y las ciudades, y cuyas acciones, a veces desesperadas, concitan hostilidad y aun son severamente reprimidas, como dramáticamente hemos visto en las últimas semanas en las que más de veinte campesinos fueron asesinados desde Sonora a Oaxaca; si a todo ello se agrega el cansancio de quienes desde hace años esperan

en vano que sus problemas se resuelvan y de quienes resienten la ausencia de una vida pública genuinamente democrática, se tendrá una burda y rápida imagen de la situación a que deberán enfrentarse los jóvenes que hoy salen de las universidades e institutos de educación superior en nuestra patria.

Alguien podría sostener que tal estado de cosas obedece a la crisis que afecta a otros países, al subdesarrollo y a la insuficiencia de medios y en particular de capital que le es característica, o a que la política adoptada en años pasados, o sea el ya muy criticado «desarrollismo», bajo su engañosa apariencia de estabilidad, contribuyó a generar los desequilibrios mencionados. Y si bien ello suele repetirse en la prensa diaria, en las revistas especializadas, entre autoridades oficiales y empresarios privados y aun en las Escuelas de Economía, lo cierto es que las causas de la situación por la que atravesamos son más profundas y de naturaleza muy distinta.

La crisis que afecta a las potencias imperialistas y concretamente a los Estados Unidos nos lesiona, sin duda, seriamente. Pero creer que los males nos vienen de fuera y no advertir que el capitalismo mexicano es incluso más irracional, deforme e inestable que el de las metrópolis, es quedarse en una explicación superficial y apologetica y olvidar que el desarrollo de todos los fenómenos es fundamentalmente fruto de sus propias contradicciones internas y no de factores externos. Atribuir nuestros más graves problemas al subdesarrollo es confundir las causas con los síntomas, tomar aquél como expresión de unas y otras, hacer afirmaciones perogrullas —los países pobres son pobres porque son pobres— y aun sugerir —a la manera del simplista y arbitrario esquema rostowiano— que todo se resolverá a partir de un supuesto y mágico «despegue» que rápidamente nos hará pasar de la pobreza al crecimiento autosostenido y a los niveles superiores de consumo.

Y ¿qué decir de la escasez de capital, explicación tan socorrida por los economistas burgueses? La tasa de acumulación en México, como antes recordamos, es indudablemente baja. En parte ello resulta de que el excedente, comparado al de los países capitalistas más avanzados, es —a consecuencia de una larga y cruenta historia de colonización, explotación, despojo, dependencia, dilapidación y fuga constante de recursos— también pequeño. Pero éste no es y menos en una perspectiva de corto plazo el obstáculo principal a nuestro desarrollo. En 1974 la inversión bruta alcanzó poco más de 140 mil millones de pesos. De momento tal suma podría parecer muy alta y aun hacer pensar en una gran capacidad de acumulación. Pero si se la examina más de cerca resulta todo lo contrario. El ahorro interno, o sea la

parte de esa inversión financiada con recursos propios sólo fue de poco menos de 122 mil millones. Pues bien, si se deduce la parte del producto que se destina a reponer los medios de producción gastados, a impuestos indirectos, a sueldos y salarios y aun a ingresos mixtos de capital y trabajo, quedaría una tasa aproximada de plusvalía o explotación de la fuerza de trabajo de 130% —que en verdad no parece exagerada— y según la cual el excedente invertible sería de unos 430 mil millones de pesos. O en otras palabras: tras destinar a la inversión los 122 mil millones —en que se estima el ahorro interno— quedarían todavía más de 300 mil millones que en gran parte son desperdiciados por los ricos. Lo que revela que la incapacidad para aprovechar el excedente potencial, o sea para convertir la plusvalía en capital siquiera a la manera en que lo hizo el capitalismo clásico, es acaso la expresión más dramática de la contradicción fundamental del capitalismo mexicano, pues a una intensa explotación del trabajo corresponde una raquíta acumulación de capital.

Ese solo hecho, además, sugiere que los problemas de hoy no son fruto exclusivo de la defectuosa y errónea política de ayer, y en particular de la seguida en los tres decenios anteriores a la actual administración, sino también de la defectuosa y errónea política de hoy. A título de ilustración podríamos recordar que la política del actual gobierno ha contribuido a aumentar el déficit presupuestal y la circulación monetaria, a elevar los precios de numerosos artículos y alentar la inflación, a postergar una genuina reforma fiscal que al parecer nadie se atreve a intentar, a que las ganancias de muchas empresas nacionales y extranjeras en la industria y el comercio y aun de los grandes latifundistas sean enormes, a que el desequilibrio de la balanza comercial y de pagos sea cada vez mayor y a que el endeudamiento externo imponga nuevas marcas.

¿Qué hacer frente a tal situación? ¿A qué pueden aspirar, concretamente, los jóvenes economistas que empiezan a entrar en contacto con esa realidad? A menudo se exhorta a la juventud para que acometa las tareas más ambiciosas y asuma las más altas responsabilidades. Se cae incluso en el romanticismo y se identifica al joven, por el solo hecho de serlo, con el desinterés, la generosidad y el espíritu de sacrificio. Yo carezco de autoridad para decirles lo que debieran hacer y, por otra parte, creo que como ocurrió por ejemplo con quienes formaron la generación universitaria a la que pertenezco, ustedes escogerán alguno de los caminos que la propia realidad les ofrezca.

Unos, como suele por desgracia acontecer con no pocos de nuestros profesionistas, acaso opten por triunfar rápidamente y sin repa-

rar en los medios empleados para lograrlo. Quizás tengan la buena «suerte» —en el sentido en que Luis Cabrera la atribuía a los «científicos» porfirianos— de acercarse a algún político o a un empresario prominente —las coyunturas electorales son propicias para pescar en ríos revueltos—, a cuyo lado puedan ganar dinero; y si a eso agregan la deshonestidad, la audacia y aun la ignorancia necesarias para triunfar en ese tipo de carrera, muy pronto serán destacados negociantes que, desde la empresa privada o algún puesto gubernamental se vuelvan celosos defensores de la corrupción a la que deben su bienestar y su fortuna.

Probablemente otros, ganados por el temor a contaminarse, el escepticismo y el desencanto caigan de buena fe, como es frecuente entre los intelectuales, en la indiferencia y el aislamiento. La ideología burguesa subraya a cada momento el supuesto valor moral del individualismo, y la pequeña burguesía suele ostentar con orgullo su desprecio a la política y aun a la acción de las masas. Los yanquis han hecho una divisa del *mind your own business* y elevado el egoísmo al rango de un modelo de conducta. Mas en países tan pobres como el nuestro la indiferencia, además de ser inmoral, puede llevar al cinismo y aun a la complicidad delictuosa.

Acaso los más sean ganados por el reformismo, tanto por el explicable interés en que el sistema económico funcione mejor y se realicen al menos ciertos cambios, como por el empeño de la clase en el poder de hacer aceptar a las masas la falsa tesis de que nada hay que impida al capitalismo mexicano superar las más profundas contradicciones de clase y conciliar el propósito de un desarrollo económico independiente con la exigencia de la justicia social. Todo lo que se requiere es racionalizarlo y evitar ciertos excesos, comprender que los obstáculos al desarrollo no son estructurales sino superestructurales y adoptar una política que se enfrente a ellos con mayor decisión y eficacia que hasta ahora.

Pero ¿son aceptables una concepción y una política que en la práctica acaban siempre por defender la explotación *razonable* del trabajo, el enriquecimiento *legítimo*, la inflación *moderada*, el máximo nivel de empleo *compatible* con el móvil de lucro, la independencia *a medias*, en más de un sentido meramente formal y un antimperialismo verbalista y que considera *imperialista* al socialismo? ¿Podemos aceptar la corrupción en tanto sea *discreta*, un Estado *complaciente* que de palabra se ostenta como representante del pueblo y de hecho sirve a quienes lo explotan, una democracia *basada* en el férreo control de las organizaciones de masas y un orden social cuya precaria estabilidad *se sostiene* cada vez más en el uso de la re-

presión y la violencia? ¿Qué perspectivas reales ofrece esta estrategia que sin el menor fundamento idealiza el capitalismo, y que cuando no puede corregir o siquiera soslayar sus más graves fallas se limita a cambiarle de nombre, a rebautizarlo y convertirlo en una armoniosa «economía mixta», una supuesta «democracia social» o un régimen de «desarrollo compartido», en actitud habilidosa como la del monje de que hablaba Plejánov, a quien gustándole comer pollo en día de vigilia empezaba por bautizarlo con el nombre de carpa, para así no infringir las prohibiciones de la iglesia?

Entre los jóvenes que ahora concluyen sus estudios habrá seguramente también quienes tomen un camino revolucionario, quienes concientes de las dificultades pero también de las compensaciones y estímulos que ello entraña, convencidos de que el principal obstáculo a nuestro desarrollo independiente es el capitalismo —y a estas horas el capitalismo monopolista de Estado—; de que mientras este régimen exista habrá explotación, opresión, dependencia y atraso, oligarquías poderosas que concentran y malversan la riqueza así como millones de seres humanos sin siquiera derecho al trabajo, a la salud, a aprender a leer y escribir y a vivir bajo un techo decente, optarán por contribuir a una transformación social profunda.

Tomar este camino impone compromisos insoslayables a un intelectual. El primero consiste en comprender que si el proceso histórico está regido por ciertas leyes, sólo a partir de una posición teórica rigurosa, propiamente científica se puede descubrir su acción y por tanto las contradicciones fundamentales en que esas leyes se expresan en una realidad concreta. El segundo consiste en que para transformar una realidad social como la que determina nuestro atraso es menester convertir la teoría revolucionaria en lucha revolucionaria, en práctica, en acción cotidiana, en capacidad creciente para superar el obstáculo que entraña la presencia de un enemigo poderoso dispuesto a preservar el sistema incluso recurriendo a la mayor violencia.

El primer compromiso significa esencialmente romper con las posiciones teóricas e ideológicas burguesas y asistirse del materialismo dialéctico e histórico para reformular explicaciones que, pese a carecer de toda validez científica, influyen grandemente en el proletariado e incluso en el pensamiento de la izquierda, propician la confusión, alientan el reformismo y entrañan serios obstáculos que es menester superar. La burguesía ha roto la unidad de la ciencia; la ha parcelado arbitrariamente. Ha hecho de ciertas disciplinas verdaderos feudos amurallados y compartimentos estancos cuyos linderos artificiales, a menudo puramente ideológicos y tecnocráticos impiden comprender

la interconexión de los fenómenos y el desenvolvimiento dialéctico de los mismos, a partir de una teoría de la historia.

Y al renunciar a la dialéctica y sustituirla por la metafísica no sólo se frustra la posibilidad de entender la unidad de la ciencia —y por tanto las relaciones entre la naturaleza y la sociedad, sino también la de explicar racionalmente el movimiento de la materia y el papel que la acción humana juega en su desenvolvimiento, sobre todo al socializarse cada vez más la producción. Incluso se llega al extremo, cayendo en un absurdo *minifundismo*, de fragmentar la propia ciencia social; digo fragmentarla porque más que de clasificar a las diversas disciplinas según su objeto específico, o sea conforme al tipo de relaciones o contradicciones sociales que más interesan a cada una de ellas, se trata de *dividir las*, de levantar cercas arbitrariamente aquí y allá. Se ignoran o menosprecian las relaciones entre unas y otras; se postula pontificalmente que lo que rebasa tal o cual lindero no es científico; se renuncia así a la explicación causal profunda de los fenómenos sociales más importantes y se convierte al economista, al sociólogo, al historiador, en un experto que se limita a describir hechos aislados y secundarios en monografías empíricas e intrascendentes. Y a menudo, mientras más se ignora lo que es la ciencia que supuestamente cultivan tales expertos, mejor se cotiza comercialmente cada uno de ellos en el mercado de servicios profesionales.

La ciencia social en su conjunto y específicamente la Economía deben renovarse sin demora o acabarán por no poder explicar uno solo de los grandes problemas de nuestro tiempo. Nuestras escuelas son en gran parte centros de formación o si se prefiere de *deformación* ideológica en los que, más que explicar científicamente ciertas cuestiones, interesa formar cuadros profesionales al servicio de la clase en el poder; jóvenes dóciles y complacientes, dotados de espíritu práctico y que se conformen con manejar ciertas técnicas —que a menudo podrían dominarse sin necesidad de pasar largos años en la Universidad— y, especialmente, que comprendan que las cosas son como son y que debemos sacar el mejor provecho de ellas. Es decir, que tomen la realidad como un dato dado e inalterable y que entiendan que el papel del profesionista no es transformar a fondo, cuestionar y menos aún ayudar a destruir el sistema social imperante sino mejorarlo, sugiriendo a la clase en el poder lo que pueda conducir a tal fin en tanto, claro está, no lesione sus intereses ni comprometa sus privilegios.

El hecho de que al amparo de cierto «aperturismo» académico se acepte en algunos centros la enseñanza del marxismo, pero de un

marxismo extraño, libresco, sacralizado, acrítico, en el que la teoría se divorcia de la práctica y el pensamiento de la acción; que no se expresa en una lucha ideológica coherente y sistemática ni menos en el rechazo de las posiciones burguesas dominantes en esos propios centros, sino a veces incluso en un contubernio con ellas y con quienes las defienden, no contribuye a modificar la situación antes descrita sino que más bien ayuda a legitimarla y preservarla.

Nuestras escuelas siguen en gran parte trabajando a partir de una ciencia burguesa convencional y anacrónica que se conforma con repetir lugares comunes y verdades a medias, que supone vigentes realidades históricas ya superadas y que, en vez de reparar en las nuevas se empeña en volver al pasado, en buscar en las viejas teorías de Smith y Ricardo, de Keynes y recientemente incluso de Marshall, Pigou y los neoclásicos la explicación de lo que hoy acontece. La excesiva formalización y el empleo superficial de métodos matemáticos que pretenden suplantar al análisis han despojado con frecuencia a la teoría económica de toda relación con los fenómenos reales que debiera explicar y llevado a una situación en la que el creciente estancamiento teórico y propiamente científico intenta compensarse con un pragmatismo tecnocrático y con planteos teleológicos y dogmáticos que sustituyen a la ciencia por la fe religiosa en el capitalismo. Nuestros economistas burgueses parecen no comprender que, como bien dice el profesor Bernal, “Los números, los cuestionarios elaborados, el lenguaje pomposo no sustituyen a la verdadera ciencia social”. El uso de técnicas sofisticadas, de modelos econométricos en que las contradicciones y desequilibrios que afectan al proceso económico capitalista se sustituyen por relaciones uniformes y armoniosas cuya única falla consiste en que poco o nada tienen que ver con la realidad, descubre una de las más graves limitaciones de la ciencia social burguesa y recuerda en verdad la vieja concepción aristotélico-tomista y la preocupación academizante de la economía neoclásica por lograr una lógica interna puramente formal, así sea al precio de petrificar el pensamiento, de castrar la capacidad creadora del hombre y de divorciar totalmente a la ciencia de la realidad.

Y no es que la técnica carezca de importancia o que menospreciemos el valor del lenguaje matemático. El desarrollo moderno sería imposible sin la técnica, sin lo que los anglosajones llaman *know how*; pero —recordando de nuevo al profesor Bernal— tanto o más importante es conocer el porqué, el *know why* que sólo la ciencia es capaz de aportar.

Dejemos a la microeconomía y a los microeconomistas incapaces de trascender sus estrechos marcos, que individualicen y desgajen los

fenómenos sociales más complejos; que pongan el acento en fenómenos subjetivos y que, haciendo gala de su angosta y egocéntrica visión ptolemaica del desarrollo social, centren su atención en la empresa y sus vicisitudes sin reparar siquiera en las relaciones de producción. Dejemos a los macroeconomistas keynesianos construir modelos que si bien suelen destacar variables estratégicas y establecer relaciones de innegable significación, en vez de utilizarlos, como Marx empleó los esquemas de la reproducción simple y ampliada, para demostrar la inviabilidad de un desarrollo racional y armónico del capitalismo, los usan para crear la ilusión de tal desarrollo sin aclarar que bajo el régimen del capital monopolista y de la propiedad privada de los medios de producción, no es posible al mecanismo del mercado y al sistema de precios operar en forma que no sea anárquica, ni lo es tampoco recurrir a una genuina planificación económica que permita influir eficazmente sobre las variables fundamentales del desarrollo.

En México y en general en Latinoamérica sabemos bien lo que tales modelos y la planificación burocrática y palaciega —más que imperativa o siquiera indicativa, en rigor meramente subjuntiva— significan. Resulta muy fácil resolver en el papel aun los problemas más graves, proyectar crecimientos *ad infinitum* y, con base en modelos del tipo del Harrod-Domar, suponer altas tasas de inversión y favorables coeficientes de capital que nos abran el camino de un progreso uniformemente acelerado. Pero tal es el camino, no de la ciencia económica, sino de la utopía. Querer planificar dejando en pie la anarquía equivale a querer acabar con la desigualdad social sin tocar a la oligarquía. Equivale a olvidar que el capitalismo es esencialmente irracional, y que, como observan Baran y Sweezy, a nada conduce “sustituirlo por un sistema racional imaginario, cuyo nombre es lo único que tiene en común” con aquél.

En uno y otro caso, en consecuencia, resulta difícil trascender el marco de lo que Marx llamaba Economía Vulgar, de esa economía “...que no sabe más que hurgar en las concatenaciones aparentes, cuidándose tan sólo en explicar y hacer gratos los fenómenos más abultados, si se nos permite la frase, y mascando hasta convertirlos en papilla para el uso doméstico de la burguesía los materiales suministrados por la economía científica desde mucho tiempo atrás, y que por lo demás se contenta con sistematizar, pedantizar y proclamar como verdades eternas las ideas vanales y engreídas que los agentes del régimen burgués de producción se forman acerca de su mundo, como el mejor de los mundos posibles”. (*El capital*, t. 1, vol. 1, p. 90, 1946).

Necesitamos una nueva estrategia científica y una nueva ciencia social; una ciencia que se desenvuelva al nivel de las relaciones de

producción y que sea capaz de descubrir y actuar sobre las contradicciones fundamentales y no solamente sobre las secundarias y los ajustes menores del sistema; una ciencia que sea capaz de prever y de influir en el curso del proceso histórico; que no vaya siempre a la zaga de los hechos, que no sustituya a éstos por esquemas ideales prefabricados y que no se limite, al amparo de una sospechosa neutralidad, a legitimar el régimen de explotación y la estructura de poder existentes. En una época revolucionaria, de grandes transformaciones sociales como la presente, ninguna ciencia es tan importante como la ciencia social. Pero la verdadera ciencia no puede ser ajena al desarrollo, en el plano de la lucha política, de la sociedad.

Los procesos económicos no se dan en el aire sino en marcos históricos precisos, en formaciones sociales definidas y en etapas específicas del desarrollo de éstas. El capitalismo de hoy, si bien por el hecho de serlo tiene rasgos que le son comunes al de otras épocas, no es el de los tiempos de la revolución industrial inglesa o de la revolución francesa del siglo XVIII. Es un capitalismo monopolista de Estado al que más que liquidar las supervivencias precapitalistas aún presentes en muchos países, le interesa cerrar el paso a la revolución y al socialismo. O bien se investiga y promueve el conocimiento desde instituciones gubernamentales y fundaciones controladas por los monopolios a las que poco o nada interesa evaluar críticamente el papel del capitalismo y el imperialismo y su responsabilidad en nuestro atraso, en cuyo caso seguiremos repitiendo los lugares comunes de la ciencia social burguesa y haciendo esfuerzos por optimizar o elevar la eficiencia de ciertos procesos mientras el sistema en su conjunto se vuelve cada vez más irracional, o bien se libera a la investigación de tales trabas y se la proyecta en una dirección necesariamente crítica, capaz de descubrir y superar los principales obstáculos al desarrollo de nuestros países.

La Economía, entendida como una ciencia histórica, puede ayudar grandemente a comprender la naturaleza y magnitud de esos obstáculos. La labor de investigación científica es una actividad social y no meramente individual, una labor que requiere libertad irrestricta para la creación intelectual, comunicación y responsabilidad, intercambio, crítica y autocrítica, apoyo mutuo, cooperación y una división del trabajo sin la cual el investigador se rezaga irremisiblemente y ni siquiera puede informarse de lo que ocurre.

Pero solamente la lucha política, entendida como una lucha revolucionaria, como una lucha que culmine en la conquista del poder por el pueblo, en la liquidación del capitalismo y en la implantación del socialismo, es capaz de superar los obstáculos al desarrollo de paí-

ses como los nuestros. El socialismo en América Latina no es ya una quimera ni una utopía. Como lo demuestra la Revolución Cubana nuestra América ha entrado también al proceso histórico de transición al socialismo. ¡Ojalá que muchos de los jóvenes a quienes hemos venido a acompañar en este acto con motivo de la terminación de sus estudios profesionales, hagan honor a la responsabilidad que pesa sobre sus hombros y que, en vez de convertirse en dóciles guardianes del viejo orden social que agoniza, contribuyan con su talento, con su iniciativa, su energía y su acción entusiasta y militante al alumbramiento de la nueva sociedad!